

## A bote pronto

## De silla a silla

CAMILO JOSÉ CELA

Coincidiendo con la toma de posesión del nuevo presidente, en los EE UU se ha escrito una página memorable de la historia negra y vergonzosa: a un inválido le cambiaron la silla de ruedas por la silla eléctrica, le dieron media vuelta a la llave y lo mandaron para el otro mundo. Así de sencillo.

Hace ya muchos años que me pronuncié sobre la pena de muerte y no he de volver ahora sobre mis razones para repu-

diarla, ya que lo único que pretendo es llamar moderadamente la atención sobre la innecesaria crueldad que supuso este ajusticiamiento nada ejemplar.

El reo paralítico tuvo un último gesto casi literario y, sin duda alguna, digno: los últimos metros que le separaban desde una silla a la otra los recorrió, por propio deseo, sin más ayuda que sus muletas. Quizá debiera remorderle la conciencia a alguien y quizá también alguien debería recapacitar sobre la gratuita crueldad administrativa.



## Ciento treinta años de «Cantares gallegos»

RAFAEL YZQUIERDO PERRIN

Se cumplen en estas fechas los ciento treinta años de la primera publicación de «Cantares gallegos», de la que es autora Rosalía de Castro, preclara e insigne poetisa gallega entroncada con la ilustre Casa de los Castro, al ser hija natural de Teresa de Castro Abadía, que la alumbró en Santiago de Compostela, el veinticuatro de febrero de 1836, según se desprende de la partida y registro del Hospital Real de Santiago, inscripción ciento cincuenta y nueve, en la que se puede leer: «En veinte y cuatro de febrero de mil ochocientos treinta y seis, María Francisca Martínez, vecina de San Juan del Campo, fue madrina de una niña que bauticé solemnemente y puse los santos óleos, llamándola María Rosalía Rita, hija de padres incógnitos, cuya niña llevó la madrina y va sin número por no haber pasado a la Inclusa; y que así conste, lo firmo: José Vicente Varela y Montero. (rubricado)».

«Cantares gallegos» es un prodigio de visión de Galicia, en donde se recogen paisajes, costumbres, festejos, paisanos y todo lo relacionado con la región gallega, entremezclados con la delicadeza y la añoranza (morriña) que le proporcionó la tierra que la vio nacer, y que cuando los escribió tenía bastante lejos. Rosalía, en «Cantares gallegos», se desfonda, plasmando toda la angustia de la lontananza y del sentir, que como escribe al final del prólogo: «..., gane e se vexa c'ó respeto e admiración merecidas esta infortunada Galicia». En esta obra poética, de extremo mérito, la poetisa canta y llora al mismo tiempo cuando recorre, con el pensamiento, todos y cada uno de los rincones de su tierra, recordando

con nostalgia lo que tuvo que dejar atrás al tener que afincarse en Madrid por imperativos de la vida. En esta etapa se funde estrechamente con su tierra, identificándose, aún más si cabe, con las recias inquietudes del sentir galaico. Rosalía de Castro fue, desde su nacimiento, tal vez por las circunstancias que lo rodearon, una insistente proclamadora de las adversas coyunturas y situaciones de aquel territorio, sometido a caprichos y desdenes. Es el mismo marido, el historiador Manuel Martínez Murguía, más conocido por Manuel Murguía, el que hablándonos de Rosalía pone en lugar relevante su sensibilidad hacia todo aquello. Efectivamente, la simpática poetisa era así, impresionable y afectiva para con todo aquello que rozara su terruño y sin perder la humildad que la caracterizaba y que ella misma pone de manifiesto en las primeras páginas de la obra al escribir: «Por esto, inda achándome débil en forzas, e n'abendo deprendido en mais escola qu'á d'os nosos probes aldeans, guiada sólo por aqueles cantares, aquelas palabras cariñosas e aqueles xiros nunca olvidados que tan docemente resoaron nos meus oídos des'd'a cuna, e que foran recollidos pó-lo meu corazón como harenca propia...».

Es de señalar, sin quitarle mérito alguno a la autora de «Cantares gallegos», que por estas fechas el movimiento romántico tiene gran trascendencia en el sentir galaico, que se traduce en la fundación de diversos centros de este estilo, que sobresalen también en otros puntos de nuestra geografía con relevantes figuras de la literatura. La poesía vino a constituir un acertado refugio para estas corrientes, que inva-

dió, incluso, a la política. En los salones del Liceo de la Juventud de Santiago, Rosalía de Castro cantó y declamó entusiastamente toda esta tendencia. Hay quienes opinan que la melancolía que la embargaba le venía, en gran medida, por el desconsuelo de saberse hija ilegítima, lo que se asoció, en gran manera, al contemplar, ya desde su juventud, a su región y gentes oprimidas, viéndose en la necesidad de emigrar para sobrevivir.

El tercero de sus cantos ya lo inicia con una alabanza a Galicia: «Lugar máis hermoso/ non houbo na terra/ qu'aquel qu'eu miraba,/ qu'aquel que me dera./ Lugar máis hermoso / no mundo n'hachara,/ qu'aquel de Galicia,/ Galicia encantada./». Rosalía, en todo el texto, se recrea en los diminutivos, que son expresión vulgar en las gentes de aquellas latitudes, calando hondo en el sentir del resto de las regiones, que admitiéndolo primero como una peculiaridad lingüística se hace pronto eco de la tierra. La música de la gaita es algo que penetra muy adentro y ella lo resalta: «Un repoludo gaitero/ de pano sedán vestido/ com'un príncipe cumprido./ cariñoso e falangeiro./ antr'os mozos e primeiro/ e nas siudades sin par,/ tiña costum'en en cantar/ aló pó-la mañanciña:/ Con esta miña gaitiña/ as nenas ei d'engañar./».

Autora de otros poemas y de obras en prosa, dejaba de existir a las doce de la mañana del día quince de julio de 1885, siendo enterrada en el cementerio de la parroquia de Iria, Padrón, para ser trasladada al Panteón de Gallegos Ilustres de la Iglesia Conventual de Santo Domingo, en Santiago, el veinticinco de mayo de 1891.

## Masaveu / el dinero

LUIS MEANA

No hay don sin din, dice el clásico. Mucho mejor dicho está en una fórmula alemana antigua, recogida por Simmel: «Gelt ist auff erden der irdisch Gott». O sea, que el dinero es el dios terrenal sobre la tierra. Consideración que ya había expresado, a su manera, el mismo Marx, no sin alguna malicia: «El dios de los judíos se ha terrenalizado». Hacia esa idea puede que se apuntase, y puede que hasta reparando en el parecido morfológico dios/dinero, el clásico del don sin din. Sea lo que fuere, a ese dios, como a cualquier otro, no se le puede jurar en vano. Con lo que ya estamos en pista.

Asistimos, entre estupefactos y estupefactantes, a un cambio abradacabrante en el modelo de banquero. Tradicionalmente, dominaba un modelo tipo agente secreto: la banca era un mundo cerrado y tan impenetrable como una familia siciliana, en la que la discreción era norma y el anonimato una especie de medalla. Desde hace una temporada, asistimos al fenómeno paradójico de unos banqueros que se comportan como un espía que llevase colgada en la solapa la declaración «soy espía». Desde que aparecieron las famosas gárdinas, tenemos un banquero-folklorista, con los mismos rasgos que las estrellas de la copla: todos sabemos quiénes son, qué beben, cómo es su barco, dónde pasan el verano y cuánto parné tienen. Tanto más simpático resulta, entonces, un banquero que, para empezar, no se deja sacar una foto, que vive prácticamente en la clandestinidad y huye del escenario como de la peste.

Viene todo esto a cuento del fallecimiento, a finales de la semana pasada, de Pedro Masaveu Peterson, quien no era un banquero cualquiera, sino el arquetipo ejemplar del banquero clandestino y sus códigos. No se sabía dónde vivía, qué comía, qué tenía o qué dejaba. Discreción que no aflojó ni siquiera a la hora de la muerte. Todo eso, que en un personaje privado sería ya simpático —sobre todo en una cultura que es cada vez más un escenario en el que lucir las piernas—, se convierte en programático cuando es por oficio. El dinero, sólo cuando se acumula en masas, denota un estilo, que, a la vez, delata el carácter de una época. El banquero sirve a algo que es más que él y que está por encima de él mismo. El dinero se manifiesta de forma misteriosa, extraña y oscura. Que impone comportamiento oscuro, dedicación plena y un deber hacia ella a su manera acérrimo. Lo mismo que el cristianismo es la primera religión en la que el ansia de dios se convierte en algo permanente, en ese tipo de religión el dinero se convierte en una dedicación constante, que no deja al banquero tiempo, ni deseo para otra cosa. Masaveu creía —fuese así o lo aparentase, lo que es irrele-

vante para el caso— en el dios al que servía. Y cumplía el culto.

Frente a eso, estos banqueros sin sotana han invertido las cosas: el culto no se le da ya a dios, sino al banquero. Pero, si dios no es dios, sino unas alegres se villanas, apaga y vámonos. Si el banquero a lo más alto que sirve es a sí mismo, estamos arreglados. Afirmar que se es igual de tenaz y de firme como los antiguos y afirmarse, al mismo tiempo, totalmente moderno, viene a ser como dárseles, al mismo tiempo, de teólogo de la liberación y de teólogo del Papa. Con todas esas cosas no sólo se mina peligrosamente la confianza en la institución, que tan celosamente cuidaba el modelo antiguo, sino que se deteriora la esencia misma del dinero.

Deterioro que se reproduce en los códigos de comportamiento. Los viejos clandestinos tenían la sinceridad de cargar con los deberes que el culto imponía. Esta nueva teología banquera tiene, por el contrario, la falaz ambición de pedir un culto riguroso para los derechos y flácido para los deberes. Quieren retener todos los antiguos privilegios e incorporar, además, los nuevos. Como últimamente los reyes, también estos banqueros quieren, además de tener sangre azul, ser seres humanos normales.

Si el dinero es «compendio de todas las cosas» (Spinoza), en la banalización que esos banqueros hacen de la atmósfera religiosa del dinero se refleja la banalización general de la época, desde la gastronomía hasta el pensamiento, convertido, cada vez más, en comida rápida para perros. Citando a Simmel: «Las particularidades neuróticas y malformaciones de lo viejo representan el carácter, si las comparamos con la salud patética, del infantilismo elevado a norma». Desaparecido el viejo estilo clandestino, lo que era una última religión pasa a convertirse en un folklore. Folklore que acaba con el viejo «carácter» y convierte a un cierto infantilismo en norma de salud patética. Mientras existían banqueros «patológicamente» rigurosos (pública, profesional y personalmente), ese rigor cumplía la función de prestarle, como un cemento, empaque al quebradizo y dudoso sistema. Caidos religión, ciencia, y con el dinero convertido poco a poco, gracias a esos modernos, en algo «más líquido que el agua y más volátil que el aire» (Heine acerca del parné), cabe preguntarse en qué va a sostenerse el tinglado. Por decirlo así, muerto el estilo Masaveu ya no queda ni banca ni banquero al que encomendarse. Caída la ficción de un dios impercedero de la Banca, el mundo se convierte en un tenderete al que le han partido hasta la columna vertebral de la pefa. No extraña que el sentimiento que transmitía esa única y lejana foto de las cinco personas del entierro de Masaveu fuera, precisamente, vértigo.